

TRES REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE EN LA POESÍA NÁHUATL

Por Miguel LEÓN-PORTILLA

DE LA INSISTENCIA con que los antiguos mexicanos pensaban en la muerte, dan prueba los códices prehispánicos y el legado de su poesía en idioma náhuatl. En el pensamiento religioso popular, especialmente durante los tiempos aztecas, son incontables las referencias, entre otras cosas, a la idea de la muerte en la guerra; la muerte de las víctimas que habrán de ser sacrificadas; la posible muerte cósmica de todo cuanto existe en la quinta edad o "sol", que tendrá que concluir violentamente, al igual que las edades de los tiempos prehistóricos recordadas en sus mitos.

Hay asimismo en los textos y libros de pinturas descripciones del *Mictlan*, la "Región de los muertos", conocida también como "Lugar de los descarnados" (*Ximoayan*): "Nuestro sitio común de perdernos" (*Tocempopolihuiyan*)... Se habla también del *Tlalocan*, especie de paraíso de *Tláloc*, dios de la lluvia, al que van sus escogidos; del "Cielo del sol" (*Tonatiuhilhuicac*), en el que se convierten en compañeros del sol quienes mueren en la guerra o en los sacrificios; sin olvidar tampoco al "Lugar del árbol nodriza" (*Chichihuaquauhco*), donde se encuentran los niños que se alimentan de su leche, antes de venir a este mundo.

Pero, en contraste con estas ideas religiosas acerca de la muerte, que podrían calificarse de "ortodoxas" en el México Antiguo, hay textos —especialmente poemas— en los que aparecen reflexiones de índole personal sobre el posible sentido del más allá y del inescapable fin de la vida humana. A continuación, se ofrece la versión de tres de esos poemas, en cada uno de los cuales parece aflorar una actitud humana propia e independiente acerca del tema de la muerte.

El primero, titulado "Amor y Muerte", parece ser un diálogo con el ser amado, la propia mujer. Pensando en la muerte, el poeta, en aparente contradicción, pide a quien ama acerque a él su corazón. Pero, al mismo tiempo, reconoce que esta cercanía, este amor humano, es también para él un tormento: el temor de perderlo, le hace pensar en la muerte. Con insistencia repite que al fin tendrá que irse: no podrá escapar de la muerte. Esta idea le lleva a reconocer que aun el más hondo amor al fin termina y que aquí en la tierra sólo somos amigos por breve lapso.

AMOR Y MUERTE

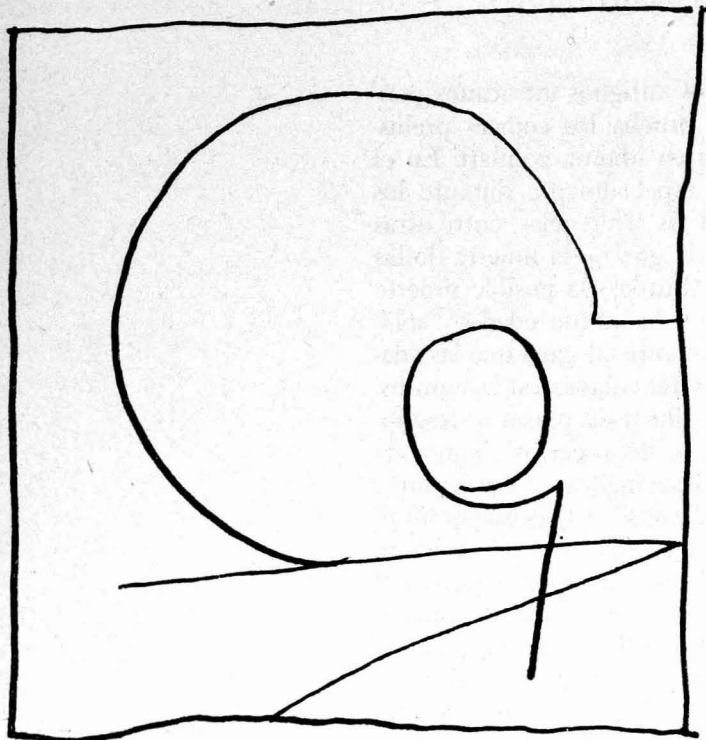
¡QUE se abra tu corazón!
¡Que tu corazón se acerque!
Tú me atormentas,
tú me das muerte.

He de irme para allá,
donde pereceré.
¿Llorarás por mí una última vez?
¿Por mí sentirás tristeza?

En realidad fuimos sólo amigos,
yo tengo que irme,
yo tengo que irme.

(*Cantares Mexicanos*, fol. 26 r.)

La segunda reflexión es asimismo de sentido pesimista. Es la pregunta angustiada acerca de la posible existencia más allá de la muerte: "¿Acaso en verdad se vive, allí, donde todos vamos? ¿Lo cree acaso tu corazón?" Pensando luego en el simbolismo de las flores y los cantos, surge también la pregunta: ¿Es posible esperar que se nos den



allí, siquiera en préstamo, algunos cantos, palabras bellas? Lo que sí es indudable es que hay "que descender a la región de los muertos", porque paradójicamente, Dios, el "Dador de la vida", es también "el que amortaja a la gente".

¿HAY ALGO MÁS ALLÁ DE LA MUERTE?

ABANDONADOS con la tristeza,
quedamos aquí en la tierra.
¿En dónde está el camino
que lleva a la región de los muertos,
al lugar de nuestro descenso
al país de los descarnados?

¿Acaso en verdad se vive,
allí adonde todos vamos?
¿Acaso lo cree tu corazón?
Él nos esconde
en un arca, en un cofre,
el Dador de la Vida,
el que amortaja a la gente.
¿Acaso allí podré contemplar,
podré ver el rostro
de mi madre, de mi padre?
¿Se me darán en préstamo allí
algunos cantos, algunas palabras?
Allí tendré que bajar,
nada espero:
nos dejaron,
acompañados con la tristeza.

(*Cantares Mexicanos*, fol. 14 r.)

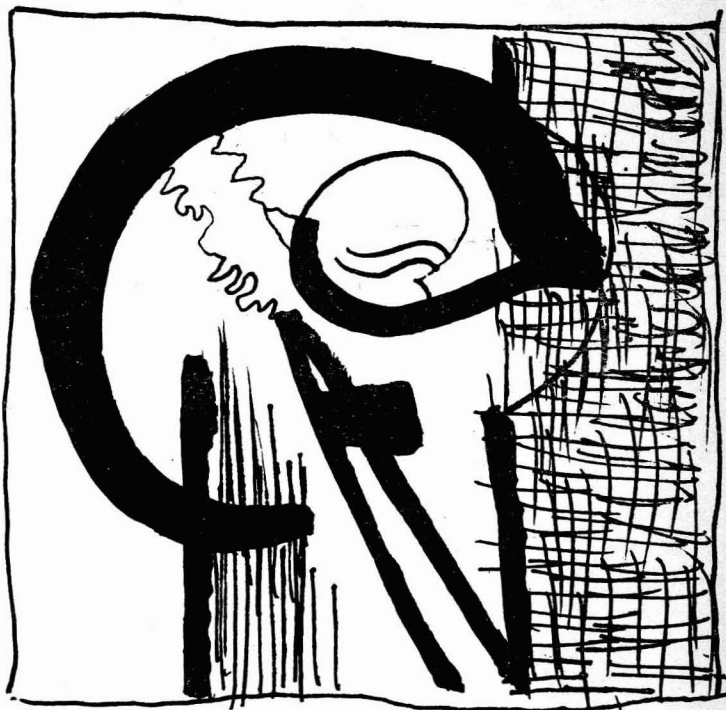
Finalmente, el tercer poema contradice, en cierto modo, el pesimismo de los dos anteriores. Constituye en sí una prueba de que en el México Antiguo no todo era tristeza. El poeta que escribió esta tercera reflexión, supo contemplar la muerte como una esperanza. Reconociendo que la tierra no es lugar de alegría colmada, afirma que en el más allá la felicidad sí existe, porque, si esto no fuera así, habría que reconocer que "sólo en vano hemos venido a existir en la tierra". Esto, a sus ojos, resultará siempre difícil de ser aceptado por el hombre, eterno enamorado de la felicidad. Trasponiendo el duro paso de la muerte, piensa el forjador de cantos, que al fin podrá disfrutar "de las genuinas flores, de las flores que alegran, de las que apaciguan al corazón..."

De hondo sentido poético, estas tres reflexiones son un testimonio más del modo como contemplaron los sabios del México Antiguo, en relación con el amor, la duda y la esperanza, el enigma supremo de la muerte.

LA MUERTE COMO ESPERANZA

EN VERDAD lo digo:
ciertamente no es el lugar de la felicidad
aquí la tierra.
Ciertamente hay que ir a otra parte:
allá la felicidad sí existe.
¿O es que sólo en vano venimos a la tierra?
Otro es el sitio de la vida.
Allá quiero ir,
allá en verdad cantaré
con las más bellas aves.
Allá disfrutaré
de las genuinas flores,
de las flores que alegran,
las que apaciguan al corazón,
las únicas que dan paz a los hombres,
las que los embriagan con alegría...

(*Cantares Mexicanos*, fol. 1 v.)



Dibujos de Juan SORIANO